

Jorge Jobet

## Sabiduría en la niebla



**E**MPIEZO a escribir estas páginas de un hombre opaco, a las siete de la tarde. Es sábado. Un día gris, monótono, pesado. La primera niebla que precede al invierno se está dejando caer sobre la ciudad, con sus lentos pies húmedos. Parece un extraño e inmenso molusco descansando en los islotes de las casas. Invade las calles rectas y simétricas, y penetra en todos los resquicios, aun en los más ínfimos y humildes, desalojando a la escasa luz que un sol calenturiento esparció tímidamente alrededor de las cosas.

La niebla de este día tiene un sabor a tristeza, a tinaja abandonada, a estanque musgoso. Apaga las chispas del espíritu como reventones mágicos y destila gotas de cansancio y pesadumbre en el ánimo del hombre. Este se agazapa detrás de sus pensamientos habituales y se da a la tarea de destejer su malla cotidiana y ordenar las hebras que fijarán su nueva aventura mental. Prepara la vieja rueca de sus meditaciones, encastillado en el corto vuelo de su sangre, ansioso de mareas ignotas, de jardines acabados, de frío rocío filosófico.

En silencio, con pudor de animal civilizado que ha perdido el instinto, el hombre se distancia de sus hábitos y sus actos para sumergirse en la especie y flotar en su espuma como una ola. La niebla lo desintegra sin piedad y lo invita a detenerse un instante en la jor-

nada y a analizar el sentido de su soledad. Deja de ser un simple sujeto sociable, amanerado, falso e inconsistente, y busca la compañía de sus propias ideas. La niebla, con su poder ancestral de obligar a la síntesis y la concentración, tiene la virtud de inquietar al hombre y llevarlo por un sendero de insólita reflexión. Me atrevo a creer que toda gran cultura no puede desentenderse de la niebla; mejor dicho, la niebla es una condición esencial para crear una cultura profunda. El exceso de luz, la claridad permanente, sacrifican el contenido en aras del continente. Rodean de hermosura, gracia y delicadeza la obra realizada; adornan el pensamiento, aligeran el fondo, refinan las formas, despreciando la realidad honda y desnuda de la naturaleza y existencia del ser. La luz es sólo una parte del fenómeno vital de la creación; la menos tenebrosa, la más agradable; pero la menos importante para comprender el espíritu. Porque la luz no hace pensar, sino actuar; impulsa al ser a manifestarse externamente, con acomodo y risas, alejándolo de ese mundo complejo y multiforme que aflora en las crisis rotundas, en los intervalos de aislamiento y dolor, y cuya persistencia en el espacio y en el tiempo es patrimonio de los santos, de los ascetas, los artistas, los profetas y los héroes; en una palabra, de los creadores de vida y de belleza.

Llega la niebla en el momento más ansiado, cuando el alma quiere estar sola consigo misma. La fecunda entonces con lentitud y seguridad, ayudando al despertar de los fantasmas históricos. Comienzan a moverse perezosamente las ideas; las emociones principian a sacudir al organismo y a revestirlo de música y estrellas. Poco a poco, a medida que la mente se libera de los grillos de la cultura y el ente queda contemplándose a sí mismo como frente a un espejo, se siente la oculta pequeñez y el sentido limitado que domina a nuestras vidas. El panorama racional se amplifica y la conciencia se lanza valientemente hacia lo olvidado.

Ya está aquí la niebla, dentro de nosotros, ciñéndonos con sus cinturones blandos, palpándonos con sus manos universales, tocándonos sus acordes divinos. Del cielo plúmbeo descendió a zancadas; del perfil de la materia, de la orilla espiritual de los ríos inició su

avance. Y está en nosotros como el canto de los gallos en el alba. El hombre se ajusta a las exigencias de su ritmo ascendente y se sumerge en las aguas espesas de su genio.

En pleno otoño se presenta la niebla gaseosa, de pescado. Resbaladiza y gélida como los mares árticos. Los focos amarillentos horadan el muro viscoso, contentándose con proyectar su luz en torno suyo. No abundan las mariposas nocturnas que traten de iluminar sus tinieblas. Las lámparas están más solas que nunca. Su claridad se derrumba a sus pies, decapitada.

Los añosos árboles, casi huérfanos de follaje, muestran sus brazos retorcidos y pétreos, sus espinazos de esqueletos bien conservados, su corteza que es puro espíritu. La luz, sin embargo, no alcanza a definir su asombro amurrado. Hay que acercarse a inquirir en su piel estirada y áspera, surcada por filas interminables de hormigas laboriosas, por gusanos de vientre de algodón, por frágiles patas de orugas y sanjuanitos, para experimentar el agradable deslumbramiento que significa constatar su presencia.

Emergen sorpresivamente de la niebla, estáticos y meditabundos, sin el más leve signo de vida. Con la huida de la mayor parte de sus hojas se terminaron sus ensayos orquestales. Ya no desgranar el quejido lastimero de sus violines, cuando los látigos del viento primaveral azotaban alegremente sus vestidos de esmeralda. Tampoco anidan en sus copas los jolgorios risueños de los gorriones y demás pájaros que habitaban sus recintos naturales. Están secos, huraños y tiesos, esperando que la substancia sonora de las lluvias avive su esterilidad momentánea y los cubra otra vez de copiosos brotes bullangueros. Se podría decir que estos árboles son la niebla solidificada, el vegetal hecho piedra por la máquina del tiempo.

Me gustan los árboles asolados, *in puris naturalibus*, porque han culminado en su evolución periódica hasta conseguir la apariencia del ascetismo. Es cierto que envejecen, que se van acercando a su sepultura mineral. Pero representan para mí el triunfo sobre las formas, sobre lo accidental y movedizo. Tales como aparecen a la vista —ceñudos, sobrios, cerebrales y desalados—, sin gestos inútiles ni mo-

dos que den lástima, reflejan la fidelidad más absoluta a su condición de ser vivo que alberga la expresión madura de sus caracteres y la conciencia exacta de su misión trascendental.

Cuando yo era pequeño, al cruzar los campos del sur donde las lenguas del fuego lamían frecuentemente los ricos bosques cargados de aromas y ruidos misteriosos, arrollando sin misericordia todo lo que hallaban a su paso, me quedaba contemplando los altos árboles carbonizados, mudos testigos de la derrota de sus compañeros menores: las rígidas quilas de hojas afiladas y brillantes; los boldos fragantes de azucarados frutos; uno que otro arrayán de piernas de salmón; los delicados avellanos de coloreados y apetitosos cascabeles; el liviano maqui de bayas negras resplandecientes; las enredaderas aéreas pegándose a la cintura de cualquier tronco vigoroso; los tímidos copihues de hermosas rojas y blancas, siempre frescos bajo el alero protector de las elevadas y tupidas cabezas de los centinelas de la selva. Desaparecían también el pasto y las hierbas. La tierra se endurecía y resquebrajaba. Infinitas grietas hacían del suelo, inapto para las siembras, un verdadero mapa desvencijado. Tan sólo los robles atrevidos, los venenosos litres, los pinos y raulíes señorones se mezclaban en amistad cordial, negándose a la rendición ante estas hordas flamígeras. No obstante la pérdida de sus ramas, hojas y frutos, sus troncos resistían enhiestos el triturador ataque de las llamas que, insolentadas por la destrucción, seguían su siniestra carrera hacia el oeste, empujadas por los potentes vientos cordilleranos, dejando atrás la columna vertebral de un ejército invencible y estoico, achicharrado y cubierto de ceniza, con algunas humildes brasas continuando en su labor devastadora.

Yo observaba con angustia tanta ruina. Me olvidaba de la caza y de la búsqueda de frutos silvestres. Permanecía largas horas admirando a estos combatientes anónimos tan aporreados por el fuego. No sé por qué me recorría una sensación de fuerza y seguridad al posar mis ojos en sus cuerpos calcinados. Me parecían seres dotados de vida, rebeldes y dueños de su destino, a quienes no podía vencer ninguna desgracia ni doblegar ningún furor diabólico. Con el tronco

pelado o con muñones retorcidos interrogaban soberbios al espacio. Ensartaban con fiereza el azul espumoso del cielo y muchas nubes descarriadas quedaban prendidas de alguna rama audaz que se mantenía incólume en el corazón de la tragedia.

Al paso que el dorado carro del sol se alejaba presuroso con sus sudados corceles en dirección al poniente, descendía sobre los campos una tenue niebla bondadosa que acariciaba a los moribundos y embalsamaba cristianamente sus heridas. Ni un sollozo interrumpía el oído del silencio. Los peces del río se habían dormido en su envoltura de plata y las ondas parlanchinas se habían recogido en un prolongado bostezo líquido.

La niebla se espesaba en un círculo macizo, rebotando en las cosas en un torbellino de vapor ligero. El paisaje se esfumaba como por encanto. Mi mente se poblaba de genios extraordinarios que me acompañaban en mis correrías errabundas. Estaba acostumbrado a la soledad y me había familiarizado con los accidentes imprevistos del terreno. Todo lo hermanaba y confundía la niebla. Mi pensamiento se clarificaba hasta la diáfandad; se enriquecía con nuevas formas de cultura y con valiosos hallazgos de interpretación de la realidad.

La niebla hace que el hombre tenga una noción más justa de su valor y de su responsabilidad moral. Mis momentos de mayor lucidez los he tenido en los antros de la niebla.

El nacimiento y la muerte del hombre están señalados por la niebla. El ser se agita en una atmósfera confusa dentro del vientre materno. También se aniquila en la obscuridad, cuando le ocurre descansar en la gran bóveda rubricada por los cipreses. Sus etapas más angustiosas —la vida y la muerte— se desenvuelven en un ámbito sagrado donde reina la noche perpetua. No es una mera coincidencia, pues, que las almas se maravillen en presencia de la niebla.

Su tradición nebulosa impulsa al hombre a descubrirse ante este juez implacable que lo une al pasado. Y la muerte no es más que un retorno tardío a su fuente de origen.

La niebla hace a la noche como la luz hace a las cosas. Está enclavada en su red y le acentúa su carácter por medio de la fijación

de millones de partículas pegajosas en la tela elástica de las sombras. Ignorarla sería como engañarnos a nosotros mismos. Y el hombre, por mucho que labore fuera de su sinceridad, no ha arribado todavía al estadio del animal mal agradecido. Reconoce la eficacia espiritual de sus heroicas soledades y se siente reconfortado por la cercana de esta amiga temporal que se sucede regularmente con la gestación y agonía de las estaciones.

No estamos solos en el mundo. A cada uno nos llega el período de la reflexión, tan necesaria para comprenderse y estimarse. Si pensáramos algunos breves instantes durante todos los días, la humanidad no sería tan desgraciada. El pensar nos lleva a mundos distantes y nos alivia nuestro arrastramiento de crustáceo. Por eso, clavado en el pecho de la niebla, el hombre posterga sus quehaceres terrestres y se lanza al infinito como un radiante meteoro. No hay lazos que lo aten a sus intereses minúsculos. Despierta de súbito como quintaesencia de idea.

Un país sin niebla no puede albergar a grandes hombres. Menos aún podrá crear una cultura universal. Esta ha de estimarse como una nebulosa prolongándose en la claridad del espíritu.

La universalidad no debe ser un concepto que parta de una noción general del mundo, sino del análisis exhaustivo de lo singular. Cuando exigimos a nuestro espíritu su máxima responsabilidad y rendimiento, nos enfrentamos *ipso facto* con la realidad del mundo, con su idealidad múltiple y eterna. Ser universal no consiste en despreocuparse de sí mismo, abandonándose a las fuerzas ciegas de una comprensión intemporal, antihistórica; por el contrario, significa tomar conciencia de su valor y ensayar, a través de la experiencia, una interpretación total que se ajuste a las exigencias de la sabiduría.

El ansia de universalidad se dará siempre que haya misterio. Lo desconocido es el estímulo de la ciencia, la filosofía, la religión y el arte. ¿No es acaso la muerte el problema fundamental del ser? El tiempo es su consecuencia. Existe desde el momento en que las cosas y los seres perecen. El no ser —pensado desde adentro hacia afuera— justifica y aclara la persistencia del ser. Y si lo pensamos desde el

exterior de nuestros vértices angustiados, tendremos que concluir que nuestro espíritu fluye como una permanente corriente de inquietud trascendental.

Nada podrá satisfacer al hombre. Las perecederas conquistas de su felicidad serán otros tantos puntos de partida que traerán aparejados otros modos de acción y otros conceptos sobre su circunstancia. No les cabe a los mortales la solución de sus aficciones. Todo interrogar, toda confrontación con la verdad, están rompiendo las abstractas armonías de un vivir feliz. La muerte y el tiempo, el ser mortal y el ser eterno —aspiración necesaria esta última para crear el ideal y la belleza— estarán en lucha franca, ya que la historia, traducción fatal de la fuerza concreta del hombre, es la búsqueda y realización de los ideales de los pueblos. Búsquedas y realizaciones limitadas, objetivas, de cuyas satisfacciones se derivan nuevos planteamientos y líneas de conducta. La historia, como el hombre, es búsqueda, ansia, conmoción, combate.

¿Dónde está la claridad de las cosas, la luz que debe alumbrar nuestro camino tortuoso? En medio de la niebla, en la reflexión silenciosa, en el grito desesperado de la soledad, allí donde el hombre conversa con su alma y empieza a desnudarse pudorosamente. Las sórdidas batallas le impiden asombrarse, ahondar en sus ideas. Porque la acción lo condena a las afirmaciones mecánicas e insubstanciales y a la fácil aceptación de peligrosas verdades halagadoras. En su espíritu irrumpe con majestad la niebla, y ahí lo tenemos lleno de pavor y debilidad: derrotado en su conducta mediocre, pero humanizado por su desgarramiento oportuno. Vio la llamarada de la luz en la hondura de su abismo y la zigzagueante danza de sus demonios ancestrales. Quiso bañarse en esta fuente de agua nupcial, hundirse en sus remolinos y renacer del fondo de sus catástrofes. La iluminación le vino de su espeso cieno interior.

Que la niebla colme nuestro corazón y nos evite la estéril siembra de la hipocresía.